Conduce hasta un retén de la migra y lo entrega a las autoridades. No puedes seguir camino al norte, dicen los agentes.

Enrique jura que la próxima vez lo logrará.

Lo llevan de regreso a la frontera con Guatemala en otro autobús impregnado de olor a sudor y gasóleo. Enrique comprueba con alivio que esta vez no hay pandilleros centroamericanos a bordo. A veces los pandilleros se dejan atrapar por la migra para golpear y robar a los migrantes que van en los autobuses. Van de asiento en asiento amenazando a los migrantes con picahielos para que entreguen todo lo que llevan.

Los otros veinte migrantes que van con Enrique en el autobús están deprimidos. Hablan de darse por vencidos. Por largos trechos, los pasajeros viajan en silencio y sólo se oye el ruido del caño de escape del autobús.

Pese a todo, Enrique a vuelto a fracasar: esta vez tampoco llegará a los Estados Unidos. Enojado, mira hacia afuera por la ventanilla del Bus de Lágrimas. ¡Siete veces! Tanto esfuerzo, tanto dinero, tanto tiempo. ¿Cuándo logrará cruzar la frontera para llegar a su madre? No deja de repetirse que sólo es cuestión de intentarlo una vez más.

4

ANTE LA BESTIA

Enrique vadea el río Suchiate con el agua hasta el pecho. El río marca la frontera. A sus espaldas está Guatemala. Delante está Chiapas, el estado más austral de México. "Ahora nos enfrentamos a la bestia", dicen los migrantes al entrar en Chiapas. Enrique enfrenta una vez más a "la bestia" porque necesita hallar a su madre.

Esta es la octava vez que Enrique intenta llegar al norte.

El agua es del color de un café con demasiada leche. Como se acerca la estación de lluvias, el río está más alto cada vez que lo cruza. Enrique tiene los hombros encorvados y no sabe nadar. La inscripción de su gorra dice NO FEAR, pero es una bravuconada. Enrique siempre cruza con uno o dos migrantes más por si resbala y se empieza a ahogar. Con el agua hasta la barbilla, lucha contra la corriente y trastabilla

en las irregularidades del lecho del río. Exhausto, alcanza la otra orilla.

Enrique ha aprendido varias cosas importantes sobre el estado de Chiapas.

En Chiapas no hay que tomar autobuses, porque pasan por nueve puestos permanentes de inmigración. Los trenes también pasan por los retenes de control, pero Enrique puede saltar del tren cuando va bajando la velocidad. En un autobús, está atrapado.

En Chiapas no hay que viajar solo en los trenes. El mejor momento para avanzar es durante la noche o cuando hay niebla, porque puede ver las linternas de los agentes de inmigración pero ellos no lo pueden ver a él.

En Chiapas no se puede confiar en nadie. A los lugareños no les caen bien los migrantes. Hasta las autoridades son corruptas; puede ocurrir que la policía y la migra roben o violen a los migrantes.

Centroamérica ha quedado atrás, y Enrique entra a un cementerio a descansar. En el cementerio está lo bastante cerca de las vías como para escuchar cuando se acerca el tren, con sus bocinas y su motor rugiente, pero también está lo bastante lejos de la policía que ronda la estación en busca de migrantes. Enrique espera que mañana venga un tren. Cuando pierde un tren, a veces tiene que esperar dos o tres días hasta que llegue el siguiente.

Enrique se lava la boca con orín, un remedio casero para el dolor en sus dientes rotos. Apoya la cabeza sobre un bollo de trapos y se queda dormido.

Dormir con los muertos es extrañamente sereno. El

cementerio se ve hermoso bajo la luz amarilla de la luna. El cielo está de color azul oscuro. Alrededor de las ceibas que hacen sombra sobre las lápidas, Enrique alcanza a ver estrellas. Hay cruces y criptas enteras pintadas de lila, morado y verde neón. Una brisa acaricia las ramas de los árboles y las hace susurrar al despuntar el día. Una ráfaga más fuerte sacude los inmensos ramajes, como si les diera la orden de bailar.

El cementerio es bello por ser oscuro y aislado, pero por eso mismo es extremadamente peligroso. Han ocurrido atrocidades entre las tumbas, los peores asesinatos y violaciones. A una muchacha la encontraron muerta; la violaron, luego la apedrearon.

"Despertá". El aviso es un susurro, pero Enrique lo oye. El que habla es otro joven que duerme a su lado.

Falta poco para que amanezca. Cinco camionetas cargadas de policías ingresan sigilosamente al cementerio con las luces apagadas. Los agentes avanzan por el laberinto de senderos y se despliegan en abanico entre las tumbas armados con rifles, escopetas y pistolas. Enrique oye cómo los migrantes intentan huir en estampida entre los sepulcros, pero sabe que eso es inútil. Unas semanas atrás intentó escaparse de la policía en este mismo cementerio. Lo atraparon y lo deportaron.

Conteniendo la respiración, Enrique se tumba en el techo de la misma cripta adonde había dormido. Un agente escudriña por encima del borde de la cripta.

No hay escapatoria.

Enrique y los otros migrantes van a dar a la cárcel de Tapachula.

"¿Nombre? ¿Edad? ¿De dónde vienes?", preguntan con sequedad los agentes que toman nota.

Ponen a los migrantes en un patio cerrado. Allí esperan con ansiedad. Pronto los empujarán a una celda repleta y luego los deportarán. Mientras deambulan por el patio, empieza a circular un rumor: a las diez de la mañana sale un tren rumbo al norte.

"No puedo perder ese tren", se dice Enrique. Mira a su alrededor. ¿Cómo escapar? El patio está rodeado de muros, y hay agentes de la migra ahí cerca.

Hay una bicicleta vieja apoyada contra el muro. Enrique no pierde de vista a la migra. Cuando los ve distraídos, se para sobre la bicicleta. Otros migrantes lo izan más alto. Se agarra de un caño de agua y se empuja por encima del muro hacia el techo de una casa adyacente. Da un salto y cae a tierra de pie. Le late la cabeza, que todavía está hinchada por la paliza.

Pero está libre.

Antes de que la migra se dé cuenta, Enrique regresa a toda prisa al cementerio para esconderse allí hasta las diez de la mañana. Al primer ruido del tren, docenas de migrantes, algunos de ellos niños, emergen de sus escondites entre las plantas, los árboles y las tumbas.

En este 26 de marzo de 2000, Enrique está con ellos.

Dos días atrás estaba maltrecho en Las Anonas; ayer lo enviaron de regreso a Guatemala en el autobús para deportados. Hoy, él y otros migrantes corren por las sendas entre las tumbas y se lanzan cuesta abajo a toda velocidad. Un canal de aguas residuales de veinte pies de ancho los separa de las vías.

Cruzan el canal por siete piedras, saltando de una a otra para cruzar el hediondo curso de agua negra. Se reúnen en la otra orilla, sacudiéndose el agua de los pies. Ahora están a pocos pasos de los rieles. Enrique se echa a correr junto a los vagones de carga en movimiento, concentrándose en no tropezar. El terraplén tiene una pendiente de 45 grados y está salpicado de piedras del tamaño de su puño. Le cuesta mantener el equilibrio con sus deshilachados zapatos deportivos.

Al llegar a este punto, las locomotoras aceleran, a veces a 25 millas por hora. Enrique sabe que debe apresurarse a trepar por la escalerilla del tren antes de llegar a un puente que hay poco más allá del cementerio. Si va despacio, cuando se impulse para subir, la escalerilla lo jalará hacia adelante y lo hará perder pie. Si eso ocurre, las implacables ruedas del tren pueden quitarle una pierna, un brazo o la vida.

"Se lo comió el tren", dirán los otros migrantes.

Enrique ya tiene cuatro cicatrices en las espinillas, producto de esfuerzos frenéticos por encaramarse a los trenes.

El peldaño más bajo de la escalerilla está a la altura de su cintura. Cuando el tren se ladea hacia afuera, está más alto. Si el tren toma una curva, las ruedas echan chispas blancas y ardientes que le queman la piel. A estas alturas, Enrique ha aprendido que, si lo piensa demasiado, se queda atrás y el tren se le va. Se agarra de una escalerilla y se impulsa hacia arriba.

Está a bordo.

Enrique mira hacia adelante. Hay hombres y niños colgados de los costados de las cisternas buscando un lugar donde sentarse o viajar de pie.

De pronto, Enrique oye gritos. Tres vagones más allá, un chico de doce o trece años de edad ha podido asir el peldaño más bajo de la escalerilla de una cisterna, pero no logra impulsarse hacia arriba. La corriente de aire que hay bajo el tren le está jalando las piernas. Lo succiona cada vez con más fuerza, atrayendo sus piernas hacia las ruedas.

"¡Subí!", dice un hombre.

"¡No te soltés!", dice otro. Él y otros varios se arrastran por el techo del tren hasta un vagón cercano. Quieren llegar al vagón del niño antes de que el cansancio lo haga soltarse. Para entonces, no le quedará fuerza para empujarse hacia afuera, lejos de las ruedas del tren.

Enrique contiene la respiración mientras el niño sigue colgado de la escalerilla. Ya casi no puede mantenerse agarrado. Con cuidado, los hombres descienden a gatas y le tienden los brazos. Lo izan despacio. El niño se golpea las piernas contra los peldaños, pero está vivo. Y aún tiene sus pies.

PELIGRO

Hoy en día, hay muy pocas mujeres a bordo de los trenes; es demasiado peligroso.

Según un estudio de la Universidad de Houston, casi una de cada seis niñas migrantes detenidas por las autoridades de Texas dice haber sido víctima de un ataque sexual durante el viaje. Muchas migrantes mujeres son violadas por un grupo de hombres. Es el caso de una muchacha salvadoreña embarazada de cuatro meses que fue violada a punta de pistola por

trece bandoleros junto a las vías un poco más al sur. Las víctimas de violaciones llegan a los hospitales con hemorragias internas severas y largos arañazos en el cuerpo. Algunas quedan embarazadas. Otras pierden la razón. En un albergue de Chiapas, una mujer violada camina de aquí para allá con la mirada ausente y aprieta los brazos cruzados delante de su cuerpo. En otro albergue, una mujer se pasa horas bajo la ducha cada día intentando borrar todo rastro del ataque.

Algunas de las muchachas que viajan al norte se cortan el pelo, se fajan los pechos y tratan de hacerse pasar por hombres. Otras se escriben en el pecho TENGO SIDA para asustar a los hombres. Los hombres también son víctimas de violaciones y ataques sexuales. Olivia Ruiz, una antropóloga cultural del Colegio de la Frontera Norte en Tijuana explica que la violación es para los mexicanos una manera de humillar y denigrar a los centroamericanos, a quienes ven como inferiores porque vienen de países menos desarrollados.

EL CABALLO DE HIERRO

Los migrantes se aferran a los costados del tren buscando un lugar donde ubicarse. Enrique calcula que hay más de doscientos migrantes a bordo, el pequeño ejército que arremetió desde el cementerio sin otra arma que la propia astucia. Ellos libran lo que un sacerdote llama la guerra sin nombre. Según dice, Chiapas es un "cementerio sin cruces, donde la gente muere sin siquiera una plegaria". Un informe de derechos humanos afirma que los migrantes que atraviesan Chiapas se

enfrentan a una "auténtica guerra contra el tiempo y contra la muerte".

Enrique piensa con cuidado. ¿En qué vagón va a viajar? Esta vez será más cauto que antes.

Podría acostarse en el techo de un furgón y esconderse. Pero no hay mucho de qué agarrarse en el techo de un furgón. Quizá fuera mejor meterse dentro de un furgón, pero ¿qué pasaría si alguien trabara la puerta desde afuera? El furgón se convertiría en un horno.

Enrique busca otro lugar. Un buen escondite podría ser debajo de los vagones, haciendo equilibrio sobre un pequeño amortiguador, pero quizá Enrique sea demasiado grande para caber allí. Además, los trenes levantan piedras. Peor aun, si se le cansaran los brazos o se quedara dormido, caería directamente bajo las ruedas. "Es una locura", concluye.

Podría viajar en el extremo de una tolva, parado sobre una cornisa diminuta que tiene apenas el ancho suficiente para apoyar los pies. O podría sentarse en el compresor circular que hay en algunas tolvas, con los pies colgando sobre las ruedas de metal brillante, tres pies de diámetro y cinco pulgadas de espesor girando implacables. Pero estar aferrado durante horas hará que se le entumezcan las manos.

Enrique decide viajar en lo alto de una tolva. Desde su posición a catorce pies de altura puede ver a cualquiera que se acerque desde ambos lados de la vía, desde adelante o desde otro vagón. Como siempre, el tren se bambolea bruscamente de un lado a otro. Enrique se agarra con las dos manos.

No lleva nada que pueda impedirle correr rápido. Como

máximo, lleva una botella de plástico para agua atada a su brazo.

Algunos migrantes trepan al tren con un cepillo de dientes en el bolsillo. Unos pocos se permiten llevar un pequeño recuerdo de sus familias; quizá un rosario, una Biblia, una estampa de San Cristóbal, el santo patrón de los viajeros, o de San Judas Tadeo, el santo patrón de las situaciones desesperadas. Un padre lleva la vincha favorita de su hija de ocho años enrollada en la muñeca.

Hay varios niños a bordo, y según el Grupo Beta, la agencia del gobierno que se ocupa de los derechos de los migrantes en Chiapas, entre el 20 y el 30 por ciento de los migrantes que se suben aquí al tren tienen quince años o menos. Enrique se ha encontrado con niños de hasta nueve años de edad. Algunos sólo hablan con sus grandes ojos marrones o con una sonrisa tímida. Otros hablan abiertamente de sus madres: "Me sentía solo. Nada más podía hablar con ella por teléfono. Quiero verla. Cuando la vea, la voy a abrazar mucho, con todas mis fuerzas".

Cuando los niños hablan, Enrique asiente con la cabeza, comprensivo. También les hace confidencias. Tienen en común el peso de la soledad. Si bien la lucha por sobrevivir con frecuencia desplaza de su mente el recuerdo de Lourdes, por momentos Enrique piensa en ella con un anhelo abrumador. Recuerda cuando ella telefoneaba a Honduras desde los Estados Unidos, el tono de preocupación de su voz, cómo no podía terminar la comunicación sin decir: "Te quiero. Te echo de menos".

Las ruedas retumban y rechinan con chasquidos metálicos. Los viajeros se sacuden de atrás para adelante cuando el tren acelera o baja la velocidad súbitamente. A veces, un vagón se bandea para un lado, y el vagón de adelante y el de atrás para el lado opuesto. Algunos migrantes llaman al tren El Gusano de Hierro por la forma en que se retuerce a lo largo de las vías. En Chiapas, las vías tienen veinte años. Algunos durmientes se hunden, especialmente durante la temporada de lluvias cuando el lecho de la vía se satura y se ablanda. Hay pasto sobre los rieles, lo que los hace resbaladizos. Cuando los vagones dan una curva, parece que van a volcar. Los trenes descarrilan con frecuencia. El tren de Enrique pasa sólo unas cuantas veces por semana pero se descarrila un promedio de tres veces por mes, y han llegado a ocurrir diecisiete accidentes en un mes particularmente malo, según dice Jorge Reinoso, jefe de operaciones del ferrocarril en Chiapas. Hace un año, una tolva parecida a la de Enrique volcó con un cargamento de arena y enterró vivos a tres migrantes. En otro lugar volcaron seis tolvas. Cerca de las vías se ven los restos volcados y oxidados de los vagones.

Una vez descarrilló el tren en el que viajaba Enrique. Su vagón se sacudió tan fuerte que estuvo a punto de saltar del tren para salvarse. Enrique rara vez permite mostrarse asustado, pero teme que vuelque su vagón. Se agarra con las dos manos.

A pesar del miedo que siente, a Enrique lo conmueve la magia del tren, su fuerza, su velocidad, y por sobre todo su capacidad de llevarlo hasta su madre. Para Enrique, el tren es El Caballo de Hierro.

Otros migrantes creen que el tren tiene un propósito noble. A veces los techos van llenos de migrantes, todos mirando al norte, hacia una nueva tierra. Lo llaman El Tren Peregrino.

El tren gana velocidad. Pasa por un río marrón que huele a cloaca. Más adelante emerge una sombra oscura. Los migrantes que van en los vagones delanteros mandan el aviso hacia atrás por encima del estruendo ensordecedor del tren. La señal de alarma pasa de migrante a migrante, de vagón en vagón. "¡Rama!", gritan los migrantes. El tren se precipita hacia una espesura de ramas.

Enrique y los otros viajeros se inclinan a la vez, esquivando las mismas ramas; primero hacia la izquierda, luego hacia la derecha. El más mínimo descuido, como mirar el reloj o voltearse hacia atrás en el momento equivocado, y las ramas los aventarán por el aire.

UNA PARADA TEMIBLE

Cada vez que el tren aminora la velocidad, Enrique está alerta por si aparece la migra. Los migrantes se despiertan unos a otros y empiezan a descender por los costados del tren, listos para saltar. Se asoman hacia afuera, tratando de ver por qué el tren ha bajado la velocidad. ¿Será otra falsa alarma? El tren puede bajar la velocidad por una curva difícil, porque un migrante ha desconectado la manguera de los frenos

o porque tiene que desviarse a un apartadero para dejar pasar otro tren. Si el tren vuelve a acelerar, todos se vuelven a trepar a los techos. El movimiento hacia abajo y hacia arriba por las escalerillas parece casi una coreografía.

Pero cuando el tren baja la velocidad en Huixtla, con su estación roja y amarilla, eso significa sólo una cosa: se acerca La Arrocera. Es el retén de inmigración que Enrique más teme. La Arrocera está en una zona agrícola aislada, con pocas casas o calles transitadas donde los migrantes puedan esconderse. Normalmente, en este retén los agentes de la migra capturan a la mitad de los migrantes que van a bordo. Enrique decide que va a saltar del tren para rodear el retén y volver a treparse del otro lado.

Llegan al calor del mediodía. La tensión van en aumento. Algunos migrantes se ponen de pie para ver si hay agentes de la migra más adelante. Los primeros en divisar agentes sobre las vías gritan el aviso: "¡Bájense!". Cuando el tren va frenando, los migrantes saltan.

El tren se detiene. Enrique se tiende boca abajo, esperando pasar desapercibido. Pero varios agentes lo ven. A veces, las autoridades mexicanas de migraciones ponen falsos migrantes en los trenes. Los impostores avisan por radio a los agentes dónde se han escondido los migrantes y cuántos hay en cada tren.

Enrique se pone de pie y se lanza a toda carrera por los techos del tren, volando para salvar los espacios de cuatro pies entre vagón y vagón. Tres agentes lo siguen por tierra,

arrojándole piedras y palos. Las piedras hacen un ruido metálico al estrellarse contra el tren.

"¡Alto! ¡Alto!", gritan los agentes.

La escalerilla no llega hasta el techo del tren. Los agentes sólo pueden alcanzarlo si trepan por el espacio entre dos furgones adyacentes, apoyando un pie en cada una de las salientes horizontales que hay en los extremos del vagón para ir subiendo poco a poco.

"¡Bájate!", gritan. Lo insultan.

"¡No! ¡No voy a bajar!", responde Enrique.

Los agentes piden refuerzos. Uno de ellos empieza a subir, trepándose por el costado del vagón.

Enrique huye por los vagones, más de veinte en total, tratando de no caerse cada vez que salta de una tolva a una cisterna, que es más baja y tiene el techo curvo. Se le está acabando el tren. Deberá saltar y rodear La Arrocera solo y a pie. Puede ser suicida, pero no tiene otra alternativa. Más piedras vuelan por el aire. Erran el blanco y rebotan del tren con un chasquido. Enrique se escurre por una escalerilla y se precipita hacia los arbustos.

Mientras huye, le parece oír balazos a su espalda. Los agentes mexicanos de migraciones tienen prohibido portar armas. No obstante, según un agente retirado, la mayoría de los agentes no hacen caso a la prohibición y cargan pistolas. Los trabajadores de un albergue cercano dicen haber visto migrantes con heridas de bala. Otros dicen haber sido torturados. Enrique conoció a un hombre que tenía cicatrices en el pecho causadas

por quemaduras de cigarrillo. El hombre le dijo a Enrique que se las había hecho un agente de la migra en La Arrocera.

Sin embargo, en el matorral a Enrique no le preocupan tanto los agentes de la migra como lo que le espera en el bosque. El sendero de tres millas que debe transitar para rodear La Arrocera está plagado de bandas de asaltantes, algunos con Uzis y otros drogados. En los techos del tren mandan las maras o pandillas, pero en las zonas aisladas hay maleantes. Según los activistas de derechos humanos y algunas agencias policiales, estos bandidos son los que cometen algunas de las peores atrocidades, como violaciones y torturas. Se reparten lo que les roban a sus víctimas con la policía, que los deja operar con libertad.

Los migrantes esconden su dinero por si los atrapan los ladrones. Algunos lo cosen a sus pantalones. Otros se ponen un poco en los zapatos y otro poco en la camisa, o unas monedas en la boca. Otros lo guardan en su ropa interior. Otros ahuecan un mango, ponen sus pesos dentro y simulan que están comiendo la fruta.

Enrique piensa que no tiene tanto dinero como para andar pensando adónde esconderlo. Sabe que los bandidos siempre descubren los escondites: rasgan la cintura de los pantalones, los cuellos y los puños de las camisas en busca de dinero. Los lugareños ven pasar grupos de migrantes desnudos; les han sacado absolutamente todo, como hicieron con Enrique en Las Anonas.

Los migrantes que se resisten son sometidos a palizas o algo peor. Los maleantes les advierten: si hablas con las autoridades, te vamos a buscar para matarte.

La policía misma está involucrada en el crimen y no se puede recurrir a ella. Según Mario Campos Gutiérrez, supervisor del Grupo Beta Sur, muchos de los bandidos son agentes en actividad o ex agentes de policía. Si los arrestan, pagan sobornos al cuartel general y salen en libertad sin ninguna consecuencia. Las declaraciones de testigos contra ellos "desaparecen" misteriosamente.

Para los migrantes, recurrir a la policía sería peligroso de todos modos porque podrían deportarlos. Como están huyendo, no pueden esperar meses hasta declarar como testigos en un juicio contra los bandidos. Es por eso que son víctimas ideales para los asaltantes.

Los migrantes han preguntado al Grupo Beta Sur por qué las autoridades no controlan a las maras. Los agentes del Grupo Beta Sur les han dicho que necesitaban testigos. Urgieron a los migrantes a presentarse y denunciar los abusos. Un adolescente hizo la denuncia y más tarde ese mismo día sufrió una golpiza brutal a manos de pandilleros de la Mara Salvatrucha.

Y hace tiempo que los bandidos han intimidado a todo habitante de La Arrocera que consideró testificar contra ellos.

"Si hablas, te matan. Mejor cerrar la boca", dice un anciano del lugar que tiene miedo de dar su nombre completo. Un vendedor de helados cerca de La Arrocera agrega: "Si los denuncias, salen libres y te vienen a buscar. Operan a plena luz del día. Aquí no hay ley".

La última vez que pudo escurrirse al otro lado de La Arrocera, Enrique tuvo suerte porque tuvo cuidado. En aquella ocasión se unió a una banda de pandilleros. Los bandidos

por quemaduras de cigarrillo. El hombre le dijo a Enrique que se las había hecho un agente de la migra en La Arrocera.

Sin embargo, en el matorral a Enrique no le preocupan tanto los agentes de la migra como lo que le espera en el bosque. El sendero de tres millas que debe transitar para rodear La Arrocera está plagado de bandas de asaltantes, algunos con Uzis y otros drogados. En los techos del tren mandan las maras o pandillas, pero en las zonas aisladas hay maleantes. Según los activistas de derechos humanos y algunas agencias policiales, estos bandidos son los que cometen algunas de las peores atrocidades, como violaciones y torturas. Se reparten lo que les roban a sus víctimas con la policía, que los deja operar con libertad.

Los migrantes esconden su dinero por si los atrapan los ladrones. Algunos lo cosen a sus pantalones. Otros se ponen un poco en los zapatos y otro poco en la camisa, o unas monedas en la boca. Otros lo guardan en su ropa interior. Otros ahuecan un mango, ponen sus pesos dentro y simulan que están comiendo la fruta.

Enrique piensa que no tiene tanto dinero como para andar pensando adónde esconderlo. Sabe que los bandidos siempre descubren los escondites: rasgan la cintura de los pantalones, los cuellos y los puños de las camisas en busca de dinero. Los lugareños ven pasar grupos de migrantes desnudos; les han sacado absolutamente todo, como hicieron con Enrique en Las Anonas.

Los migrantes que se resisten son sometidos a palizas o algo peor. Los maleantes les advierten: si hablas con las autoridades, te vamos a buscar para matarte.

La policía misma está involucrada en el crimen y no se puede recurrir a ella. Según Mario Campos Gutiérrez, supervisor del Grupo Beta Sur, muchos de los bandidos son agentes en actividad o ex agentes de policía. Si los arrestan, pagan sobornos al cuartel general y salen en libertad sin ninguna consecuencia. Las declaraciones de testigos contra ellos "desaparecen" misteriosamente.

Para los migrantes, recurrir a la policía sería peligroso de todos modos porque podrían deportarlos. Como están huyendo, no pueden esperar meses hasta declarar como testigos en un juicio contra los bandidos. Es por eso que son víctimas ideales para los asaltantes.

Los migrantes han preguntado al Grupo Beta Sur por qué las autoridades no controlan a las maras. Los agentes del Grupo Beta Sur les han dicho que necesitaban testigos. Urgieron a los migrantes a presentarse y denunciar los abusos. Un adolescente hizo la denuncia y más tarde ese mismo día sufrió una golpiza brutal a manos de pandilleros de la Mara Salvatrucha.

Y hace tiempo que los bandidos han intimidado a todo habitante de La Arrocera que consideró testificar contra ellos.

"Si hablas, te matan. Mejor cerrar la boca", dice un anciano del lugar que tiene miedo de dar su nombre completo. Un vendedor de helados cerca de La Arrocera agrega: "Si los denuncias, salen libres y te vienen a buscar. Operan a plena luz del día. Aquí no hay ley".

La última vez que pudo escurrirse al otro lado de La Arrocera, Enrique tuvo suerte porque tuvo cuidado. En aquella ocasión se unió a una banda de pandilleros. Los bandidos

tratan de evitar encuentros con pandilleros, que pueden llevar armas. Prefieren atacar a alguien que no pueda devolver los disparos. Al costado de la vía, Enrique y los pandilleros pasaron delante de un grupo de mexicanos armados con machetes. Los hombres les clavaron la mirada pero ni se movieron ni los atacaron.

Esta vez, Enrique está solo. Se concentra en la idea que lo hará correr más rápido: no puedo perder el tren. Si se le va el tren del que se acaba de bajar, sabe que deberá esperar durante días entre los arbustos y el pastizal hasta que pase otro tren.

Enrique corre tan rápido que siente que le van a explotar las sienes. Los pastos altos y mojados se enredan a sus pies como tentáculos. Tropieza, pero nunca deja de correr.

Enrique se desliza bajo un alambrado de púas, luego bajo una línea doble de alambre liso electrificado. Por las noches, los lugareños que viven cerca de las vías oyen los alaridos de los migrantes que se han electrocutado. "¡Socorro! ¡Socorro!", gimen. Junto a las vías, estos mismos lugareños han hallado viajeros sin brazos, sin piernas o decapitados, migrantes que intentaron huir de los agentes o subir y bajar del tren en movimiento.

Enrique llega hasta el puente Cuil, que atraviesa un cauce de aguas turbias y marrones. Según los agentes del Grupo Beta Sur, el puente es el lugar más peligroso. Allí los bandidos se esconden entre los árboles para emboscar a los migrantes. Usan a los niños de vigías; a cambio de una monedas o un caramelo, los niños se adelantan en bicicleta para avisar a los bandidos que se acercan los migrantes. Cuando los migrantes

se acercan al puente, los bandidos se descuelgan de las ramas y los rodean. Otros asaltantes se esconden junto a las vías del puente o debajo del puente, donde hay arbustos tupidos y enredaderas. Uno pesca en el río o corta el pasto con un machete como si fuera un labriego, y avisa a los otros con un silbido para que tiendan la trampa.

Enrique cruza el puente a toda velocidad y no se detiene. Si hay bandidos en la distancia, no los ve. A su derecha hay montañas. El suelo es tan húmedo que los campesinos siembran arroz entre las hileras de maíz. Enrique siente la humedad que emana de la tierra margosa. Siente que se le va la energía, pero sigue corriendo.

Por fin se detiene, doblado en dos, jadeando.

No sabe bien por qué, pero ha sobrevivido a La Arrocera. Quizá fue por su extrema cautela, quizá fue porque nunca dejó de correr; quizá se debió a su decisión de esconderse en el techo del furgón en lugar de saltar inmediatamente, lo cual dio a los bandidos la oportunidad de atacar a los migrantes que lo precedieron en la huida.

Está desesperado de sed. Ve una casa.

Lo más probable es que los habitantes de la casa no le den ni agua. En Chiapas están hartos de los migrantes de Centroamérica. Los centroamericanos son más pobres que los mexicanos y los desdeñan por atrasados e ignorantes. La gente piensa que traen enfermedades, prostitución y delincuencia además de quitarles los empleos. Cuentan la historia de un hombre de Chiapas que vendía pollos en un mercado y era bondadoso con los forasteros: dio a tres salvadoreños un lugar

donde dormir y trabajo desplumando aves. Los salvadoreños le robaron y lo mataron.

A los chicos como Enrique los llaman "indocumentados apestosos". Los insultan y se burlan de ellos. Les echan encima a los perros. Niños descalzos les arrojan piedras. Algunos les disparan hondazos y les gritan: "¡Vayan a trabajar! ¡Váyanse! ¡Váyanse!".

A veces es casi imposible conseguir agua para beber. Los migrantes usan camisetas para filtrar las aguas residuales de las zanjas. Conseguir comida puede ser igualmente difícil. Enrique lleva la cuenta: en siete de cada diez casas se niegan a darle nada.

"No", dicen. "Hoy no hemos cocinado. No tenemos tortillas. Prueba en otro lado". Le cierran la puerta en la cara.

Muchos habitantes de La Arrocera se encierran en sus casas cuando oyen llegar al tren. A veces es aun peor, los lugareños denuncian a los migrantes.

Enrique se encuentra con otro migrante que ha conseguido rodear La Arrocera. Él también tiene mucha sed, pero no se anima a pedir. Para los migrantes, mendigar en Chiapas es como meterse en la boca del lobo.

"Yo voy", dice Enrique. "Si atrapan a alguien será a mí".

Enrique también sabe que la gente se asustará menos si mendiga solo.

Se acerca a una casa y habla en voz baja, con la cabeza levemente inclinada. "Tengo hambre. ¿No tiene un taco que le sobre? ¿Un poco de agua?". La mujer ve las heridas de Enrique, producto de la golpiza que sufrió en el techo del tren la última vez que intentó llegar al norte, y le da agua, pan y frijoles. El otro migrante se acerca. La mujer también le da comida.

Suena una bocina. Enrique corre hacia las vías. Mira para todos lados en busca de agentes de la migra, que a veces arremeten a toda velocidad en sus camionetas cuando los migrantes intentan abordar nuevamente el tren. Otros migrantes que han sobrevivido La Arrocera salen del matorral. Se lanzan veloces a correr junto al tren, y tienden los brazos para asir las escalerillas de los vagones de carga.

A veces los maquinistas hacen retroceder la locomotora para ganar velocidad. Aceleran para impedir que los migrantes puedan abordar el tren más adelante. No obstante, esta vez el tren no va a toda máquina.

Enrique se trepa a una tolva. El tren gana velocidad. Por el momento, Enrique se calma.

LA ESPERA EN HONDURAS

Entretanto, María Isabel, la novia de Enrique, está segura de que él no se ha ido de Honduras. Es todo una broma, piensa. Se habrá ido a visitar a algún amigo. Un día de estos, volverá.

Unas semanas después de la desaparición de Enrique, María Isabel se da cuenta de que la cosa era en serio.

María Isabel sabe que Enrique anhelaba estar con su madre. Hablaba mucho de marcharse al norte para estar con Lourdes. Aun así ¿cómo pudo dejarla a ella? ¿Qué pasará si se lastima o lo matan cruzando México? ¿Y si ya no lo vuelve a ver?

Entre lágrimas, María Isabel ruega que lo capturen y

lo deporten de regreso a Honduras, para que esté otra vez a su lado.

María Isabel no come bien y adelgaza. Deja de ir a la escuela nocturna. ¿Qué pasará si ella está realmente embarazada y Enrique muere tratando de llegar hasta su madre? Ella se quedará sola criando al hijo de ambos.

María Isabel elabora un plan para irse al norte en busca de Enrique. Quizá lo encuentre en México o en los Estados Unidos. Pero no tiene dinero. Le da miedo que la ataquen o que la violen. Su familia la regaña: "¿Estás loca? ¿Querés morirte en el viaje? Si estás embarazada, podrías perder el bebé en el camino".

María Isabel escucha en silencio. Sabe que tienen razón. Ella sólo puede esperar.

OLAS DE CALOR

El Gusano de Hierro rechina, gime y traquetea rumbo al norte. Enrique observa el paisaje que se extiende alrededor de la tolva en la que viaja. A su derecha, las colinas están cubiertas de cafetales. Junto a las vías hay maíz. El tren avanza por un mar exuberante y tropical de árboles de plátano.

Temprano por la tarde la temperatura es de 105 grados Fahrenheit. A Enrique, el reflejo del sol sobre el metal del tren le hace arder los ojos y le drena la poca energía que le queda. Todavía le palpita la cabeza. Empieza a sudar profusamente y siente un hormigueo en la piel. Se va de un lado a otro del vagón buscando pedacitos de sombra. Por fin, se quita

la camisa para sentarse sobre ella. La locomotora despide un humo caliente de gasóleo. La basura que la gente quema junto a las vías emana un tufo penetrante y más calor. A muchos migrantes les han robado las gorras, así que se envuelven la cabeza con una camiseta. Miran con envidia a los lugareños que se refrescan en los arroyuelos y se lavan al concluir la jornada de trabajo, y a otros que dormitan en hamacas tendidas a la sombra junto a las casas de adobe o de bloques de cemento. Los vagones se bambolean de un lado a otro, hacia arriba y hacia abajo, como cubos de hielo en un vaso de agua.

A Enrique le queman las manos cuando se agarra de la tolva. Se arriesga a viajar suelto. No puede permitirse quedarse dormido: un sacudón del tren podría hacerlo caer a las vías. Otros migrantes le han enseñado trucos para mantenerse despierto.

Hay que cachetearse la cara, hacer sentadillas, ponerse gotas de alcohol en los ojos, cantar, cualquier cosa para no sentir el cansancio. A las cuatro de la madrugada, estalla un coro resonante en los techos del tren.

En Chiapas, los pandilleros de la Mara Salvatrucha merodean por los techos del tren en grupos de diez o veinte buscando migrantes dormidos. Muchos pandilleros de la MS se establecen en Chiapas después de ser deportados de los Estados Unidos a sus países de origen en Centroamérica. Los pandilleros afirman que en Centroamérica la policía los persigue para matarlos, por lo cual se han instalado en Chiapas y han armado un buen negocio asaltando a los migrantes que viajan en los techos del tren. Antes de que salga el tren, se fijan qué migrantes son los mejores blancos para un ataque, cuáles

llevan dinero o comida, cuáles parecen más débiles. Tratan de hacerse amigos de los viajeros diciéndoles que ellos ya han hecho el viaje en tren. ¿Puedo ofrecerte un consejo? Enrique sabe que tiene que cuidarse de los que llevan tatuajes, especialmente de los pandilleros que tienen calaveras tatuadas en los tobillos: algunos dicen que es una calavera por cada persona que han asesinado. Algunos llevan gorros negros tejidos que pueden usar para cubrirse el rostro.

Son de una brutalidad legendaria. Con frecuencia andan drogados con marihuana o cocaína. Las drogas los envalentonan. Van armados con machetes, cuchillos, garrotes y pistolas. Cuando el tren gana velocidad, rodean a un grupo de migrantes. Les dicen: suelten el dinero o los matamos. El maquinista Emilio Canteros Méndez suele ver a los pandilleros armados por su espejo retrovisor. En los techos de los furgones estallan peleas. Los migrantes que enojan a los pandilleros porque no tienen dinero o porque se resisten acaban siendo arrojados del tren en movimiento o quedan muertos en el techo de un vagón para que los encuentren los trabajadores del ferrocarril en la próxima parada.

Enrique ha oído hablar de los dos pandilleros más peligrosos: El Indio, que opera en el lado guatemalteco de la frontera con México, y Blackie, un salvadoreño regordete de piel oscura que tiene las letras MS tatuadas en la frente, cuyo territorio se extiende desde la frontera hasta Arriaga en el norte de Chiapas.

Durante uno de sus primeros intentos por llegar al norte, un encuentro fortuito ha salvado a Enrique de lo peor de las

pandillas. Al comienzo del viaje, cuando estaba en la estación de autobuses en Honduras esperando para viajar a la frontera mexicana, Enrique reparó en otro adolescente, un pandillero apodado El Brujo. A Enrique no le gustan las pandillas. Pero en las horas que pasaron juntos atravesando Honduras y Guatemala, ambos se hicieron amigos. En el transcurso del primer viaje en tren por Chiapas, El Brujo le presentó a otros jóvenes miembros de la Mara Salvatrucha. Enrique conoce a Big Daddy, un adolescente bajito y delgado, y a El Payaso, que tiene la boca y los ojos grandes. Acoplarse a estos pandilleros lo ha protegido de ataques en el camino.

Durante el séptimo viaje, esta conveniente relación llega a su fin. Uno de los pandilleros de la MS está enfadado porque un miembro de la pandilla rival, Calle 18, le ha robado la camisa. Decide que va a arrojar del tren al pandillero de Calle 18. Enrique se niega a participar, lo cual ocasiona una ruptura.

"Si sos de la MS, tenés que matar a los de la 18. Si sos de la 18, tenés que matar a los de la MS. Yo no era así", dice Enrique.

Después de la pelea, los pandilleros ya no viajan con Enrique. Esa noche, ya sin esa protección, Enrique es apaleado por seis hombres en el techo del tren.

Ahora que viaja solo, Enrique debe estar extremadamente alerta. Lo aterra sufrir otra golpiza. Se pone tenso cada vez que un desconocido salta a su vagón. Se da cuenta de que el miedo es un recurso que puede usar para mantenerse despierto. Se trepa al techo de la cisterna y toma impulso para saltar. Con

los brazos abiertos, como si volara, salta a un furgón bamboleante, luego a otro. La distancia entre los vagones puede llegar hasta nueve pies.

El tren llega al norte de Chiapas. Enrique ve hombres labrando en los maizales con azadones y mujeres en la cocina que amasan tortillas. Los vaqueros que pasan les sonríen, los labriegos alzan sus machetes y alientan a los migrantes: "¡Qué bueno!". Se van acercando a las montañas. El paisaje se vuelve más suave, con pasturas para ganado en lugar de plantaciones de plátano. El tren va mucho más despacio. Mariposas monarcas revolotean junto al tren y se adelantan al vagón en el que viaja Enrique.

Cuando se pone el sol, el calor ya no es tan opresivo. Enrique oye cómo el canto de los grillos y las ranas se suma al coro de los migrantes. Sale la luna. Miles de luciérnagas titilan junto al tren. Aparecen las estrellas, tantas que se ven como puntos de luz brillante apretujados por todo el cielo.

El tren se acerca a San Ramón, cerca de la frontera norte del estado. Es allí donde la policía lleva a cabo los atracos más grandes. Pero es pasada la medianoche y los agentes de la policía judicial deben estar durmiendo.

Mario Campos Gutiérrez, supervisor del Grupo Beta Sur, estima que la mitad de los que intentan migrar al norte logran llegar a destino, pero luego de muchos intentos. Los migrantes saben que llegar hasta aquí significa que ha pasado la parte más difícil del viaje. Como dijo un migrante: "Cuando llego hasta aquí empiezo a cantar aleluyas".

Para Enrique, el amanecer llega sin incidentes. Las estrellas

retroceden. Detrás de las montañas que están al este, el cielo se aclara y los campos se cubren de neblina a ambos lados de la vía. Hombres montados en burros pasan al trote con envases de latón llenos de leche amarrados a la montura; están empezando la distribución del día.

Chiapas queda atrás. Enrique sabe que aun le queda un largo camino, pero a estas alturas se ha enfrentado ocho veces con la bestia, y ha sobrevivido. Es un logro del que se siente orgulloso.

DEVORADOS

Muchos de los migrantes que emprendieron el viaje en tren con Enrique han sido capturados y deportados. A otros les ha ido peor; Chiapas los ha quebrantado. Mientras Enrique se recupera lentamente de la golpiza, otros migrantes le cuentan historias de horror sobre los viajeros que han sido mutilados por el tren.

Según cálculos de la Cruz Roja, día por medio y solamente en Chiapas un migrante que va en los trenes de carga pierde un brazo, una pierna, una mano o un pie. Este cálculo no incluye a los que mueren de manera instantánea. Un jefe de policía guarda las fotografías de los muertos en un álbum de color negro. Lo tiene a mano con la esperanza de que alguien identifique los cuerpos. Nadie viene a ver las fotografías.

Carlos Roberto Díaz Osorto, un hondureño de diecisiete años está en la cama número 1 de la unidad de traumatología del Hospital Civil, en el sur de México. Cuatro días antes de

llegar al hospital, Carlos había visto cómo el tren le cortaba las dos piernas a un hombre. Pero desplazó el miedo de su mente. Quería ir a los Estados Unidos a encontrar trabajo.

Carlos casi había cruzado Chiapas. Cuando iba corriendo junto al tren se preguntó: "¿Subo o no subo?". Sus primos, que corrían junto a él, se agarraron del sexto vagón contando del final. Carlos entró en pánico. ¿Acaso lo iban a dejar atrás?

El tren llegó a un puente. Carlos no se dio por vencido. Los cordones de sus zapatos estaban desatados. Su zapato izquierdo salió volando. Luego el derecho. Trató de alcanzar la escalerilla de una cisterna, pero el vagón iba demasiado rápido y la soltó. Se aferró a una barandilla.

La cisterna se sacudió bruscamente. Carlos se mantuvo aferrado, pero sintió cómo la corriente de aire bajo el vagón atraía sus piernas hacia las ruedas. Sus dedos se aflojaron. Trató de empujarse con los pies contra las ruedas para alejarse. Pero cuando se soltó, la corriente de aire lo succionó. Las ruedas le aplastaron el pie derecho, luego le rebanaron la pierna izquierda por arriba de la rodilla.

"¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme! ¡Me duele!", gritó. Empezó a jadear, a sudar, a pedir agua sin saber si alguien lo oía.

Los paramédicos de la Cruz Roja lo hallaron tendido junto a las vías. Había perdido casi un tercio de su sangre. Un médico le cortó los huesos y luego selló cada arteria y cada vena. Le estiró la piel para cubrir las heridas y lo suturó. A veces no hay medicinas para prevenir infecciones, pero Carlos tuvo suerte. La Cruz Roja encontró penicilina.

Muchos migrantes que pierden extremidades en el tren van

a dar al Albergue Jesús el Buen Pastor en Tapachula, a doce cuadras de la estación donde abordaron el tren al emprender el viaje. Olga Sánchez Martínez, la directora del albergue, trata de curar a los migrantes malheridos por la bestia.

Olga es menudita y de edad mediana; su cabello negro y sedoso le llega hasta la cadera y lleva un simple rosario blanco colgado del cuello. Está siempre en movimiento, impaciente por solucionar problemas. Ella cuida a los migrantes hasta que puedan regresar a casa.

Los migrantes hierven de rabia. Maldicen a Dios. ¿Por qué no los protegió? En sus ojos se ve el miedo. ¿Quién se casará con un tullido? ¿Podrán volver a trabajar? "Déjenme morir", dicen.

Olga se sienta en el borde de sus camas de hospital. Les acaricia el cabello.

"Dios tiene un plan para ti", les dice. "Vas a aprender a vivir, de manera diferente".

Olga les cuenta su propia historia. Cuando tenía siete años contrajo una enfermedad intestinal. Su familia no tenía dinero para remedios, así que la enfermedad no fue tratada, por lo cual se pasó gran parte de su vida gravemente enferma. Por momentos estuvo ciega y muda. Estuvo en coma treinta y ocho días. Llegó a pesar sesenta y seis libras, sólo piel y huesos. Trabajando en una fábrica de tortillas, una máquina le rebanó las puntas de dos dedos. Olga les cuenta a los migrantes que intentó cortarse las venas. Un día un médico le dijo que tenía cáncer y que le quedaban sólo meses de vida. ¿Qué iba a ser de sus dos hijos pequeños? Olga no era muy religiosa, pero ese día

fue a la iglesia, se arrodilló e hizo un pacto con Dios: cúrame y yo curaré a otros.

Se puso a estudiar la Biblia. Allí aprendió que tenía que ayudar a los débiles, a los hambrientos.

Empezó a visitar a los pacientes de un hospital local. Un año más tarde, vio a un niño salvadoreño de trece años que había perdido ambas piernas tratando de abordar el tren. Regresó a casa llorando. ¿Cómo podía Dios ser tan cruel? Observando a los médicos, aprendió a vendar las heridas de los migrantes. Empezó a llevarlos a su humilde casa cuando el hospital los echaba a la calle. En 1999, abrió el albergue para migrantes de cuatro habitaciones en una pequeña fábrica de tortillas que le prestaron.

Olga confiesa que no ha sido fácil. Trabaja gratis, desde el amanecer hasta entrada la noche, para conseguir dinero para comida, unidades de sangre, remedios y prótesis. Vende comida en la calle y mendiga de coche en coche con una foto del migrante mutilado al que quiere ayudar. Muchos le dicen que está loca por ocuparse de extranjeros que pueden ser ladrones o asesinos, y que en vez debería ayudar a mexicanos.

A veces Olga pierde la paciencia con Dios. No siempre consigue el dinero para comprar la sangre o las medicinas que los migrantes necesitan para luchar por su vida. ¿Qué quieres que haga?, le pregunta a Dios con enojo. Algunos migrantes han sido demasiado castigados por la bestia y ella nos los puede salvar. Una niña de trece años fue violada junto a las vías y la dejaron con el cuello fracturado y las caderas destrozadas. No podía hablar ni moverse. Olga ha enterrado a esa niña y a otros

treinta y nueve migrantes. Ella trata de comprarles un ataúd de madera para que sean inhumados con algo de dignidad. De otro modo, los arrojarán a una fosa común en Tapachula y no habrá un nombre en su tumba.

No obstante eso, casi todos se recuperan lentamente con los cuidados de Olga. Un joven que ha perdido los dos pies teme volver a su pueblo en Honduras, donde no podrá andar por los empinados senderos de tierra, ni sembrar frijoles, maíz o café, ni jugar al futbol con amigos. "Vas a caminar de nuevo", le dice Olga, y promete que le conseguirá prótesis.

Una adolescente que ha perdido su pie derecho teme que su marido la deje. "Ya no llores," le dice Olga para calmarla. "Dios quiere a la gente útil. Debes seguir adelante. Tienes tus manos. Debes seguir adelante y confiar en Dios".

Cada noche, cuando oye el silbato del tren, Olga le pide a Dios que proteja a los migrantes del tren y de los ataques.

OAXACA

Enrique llega hasta Oaxaca, el estado que está al norte de Chiapas. Se ha internado unas 285 millas en territorio mexicano. Al mediodía, cuando el tren se detiene haciendo chirriar los frenos, los migrantes se bajan para buscar casas donde mendigar agua y comida.

La bestia habrá quedado atrás, pero muchos de ellos todavía tienen miedo. En esos pueblos chicos, los forasteros llaman la atención. Es fácil detectar a los migrantes. Llevan la ropa sucia y huelen mal después de días o semanas sin bañarse. Muchos

no tienen calcetines. Sus zapatos están rotosos. Están marcados con picaduras de mosquito. Se ven extenuados.

Casi todos los migrantes quieren quedarse junto a las vías, entre la vegetación del terraplén por si hay una redada de la migra. Dos muchachos que están con Enrique no se atreven a entrar al pueblo. Le dan a Enrique veinte pesos y le piden que compre comida. Si Enrique les trae la comida, ellos la compartirán con él.

Es muy importante pasar desapercibido. Si tiene aspecto de forastero, puede que la policía lo busque y lo deporte. Enrique se quita la camisa amarilla. Está manchada y huele a gasóleo. Debajo lleva una camisa blanca, que se pone encima de la que está sucia.

Durante todo el viaje, Enrique ha intentado mantenerse limpio buscando pedazos de cartón donde echarse a dormir. Cuando consigue una botella de agua, guarda un poco para lavarse los brazos. Si pasa por un río o un arroyo, se desviste y entra al agua. Mendiga ropa limpia o friega lo que lleva puesto y lo pone a secar en la orilla. Quizá pueda pasar por alguien del lugar. Se promete que, si ve a un policía no se dejará llevar por el pánico y seguirá andando como si nada.

Enrique toma los pesos que le han dado los dos migrantes y camina por la calle principal del pueblo, pasando por un bar, una tienda, un banco y una farmacia. Compra suficiente comida para los tres y la guarda. Luego se detiene en una barbería. Su cabello rizado está largo. Eso lo delata fácilmente. La gente de aquí suele tener el cabello más lacio.

Entra a la barbería con aire decidido.

"¡Órale, jefe!", dice, usando una expresión muy común en Oaxaca. Enrique disimula su llano acento centroamericano y habla suavemente, con la cadencia musical de un oaxaqueño. Pide que le corten el pelo al rape, al estilo militar. Paga con el último dinero propio que le queda, cuidándose de no llamarlo *pisto,* como en su país. Aquí *pisto* no significa dinero, sino alcohol. Habla con cautela para no equivocarse.

Enrique se ve reflejado en el escaparate de una tienda. Es la primera vez que se ve la cara desde que lo apalearon. Lo que ve lo llena de estupor. Cicatrices y magulladuras. Moretones de todos los colores. Un párpado caído.

Se queda boquiabierto ante su propia imagen.

"Me han dejado bien chingado", murmura.

Enrique tenía cinco años cuando su madre se marchó. Ahora es casi otra persona. Lo que se ve reflejado en el escaparate es un joven maltrecho, demacrado y desfigurado. Está flaco, tiene los ojos hundidos y ojeras de cansancio.

La furia que siente lo hace redoblar su empeño por seguir camino hacia el norte.